
EL USO DEL CONOCIMIENTO EN LA SOCIEDAD¹

Friedrich A. von Hayek

1

¿Qué problema pretendemos resolver cuando tratamos de establecer *un* orden económico racional? Desde la perspectiva de los supuestos habituales, la respuesta parece obvia; pues *si* se posee la información relevante, *si* se parte de un sistema establecido respecto a las prioridades y *si* se detenta el conocimiento absoluto de los medios disponibles, el problema en cuestión no excede los parámetros de la lógica. Esto es, la respuesta a la cuestión sobre cuál ha de ser el mejor uso de los medios disponibles se halla implícita en nuestros supuestos. Las condiciones que debe cumplir la solución a este problema de optimización han sido plenamente establecidas y pueden ser formuladas de la manera más satisfactoria matemáticamente. Expuestas de la forma más breve posible: las tasas marginales de sustitución entre cualesquiera dos mercancías o factores han de ser las mismas para todo uso que se haga de ellas.

Decididamente, sin embargo, *no* es éste el problema económico con que se

¹ Publicado por primera vez en *American Economic Review*, XXV, 4, septiembre de 1945, pp. 519-530. Se ha seguido en la traducción la reimpresión recogida en el volumen *Individualism and economic order*, Chicago, University of Chicago Press, 1980, pp. 77-91, que presenta algunas erratas, y la recogida en la recopilación de Nishiyama y Leube, *The essence of F. A. Hayek*, Stanford (Ca.), Hoover-Institution, 1984, pp. 211-234.

enfrenta la sociedad. El cálculo económico que hemos desarrollado para resolver este problema lógico, aun siendo un paso muy importante hacia la solución del problema económico de la sociedad, no llega a proporcionar una respuesta definitiva. La razón de esta insuficiencia estriba en que los «data» de los que parte el cálculo económico no están, y nunca pueden estar, «dados» para una mente individual que pueda establecer las implicaciones para el conjunto de la sociedad.

El particular carácter del problema de un orden económico racional viene determinado precisamente por el hecho de que el conocimiento de las circunstancias del que tenemos que hacer uso nunca se da de una forma concentrada o integrada, sino solamente como fragmentos dispersos de un conocimiento incompleto y frecuentemente contradictorio que todos los individuos poseen por separado. De este modo, el problema económico de la sociedad no es simplemente el de cómo asignar unos recursos «dados» —entendiendo por tales aquellos «dados» a una única mente que tras su examen resuelve el problema planteado por dichos «data»—. Se trata más bien del problema de cómo garantizar el mejor uso de los recursos conocidos por cualesquiera miembros de una sociedad para conseguir unos fines cuya relativa importancia sólo ellos conocen. O, dicho brevemente, es el problema de la utilización de un conocimiento que no le es dado a nadie en su totalidad.

Me temo que este aspecto del problema fundamental ha sido más oscurecido que aclarado por muchos de los recientes refinamientos de la teoría económica y, muy especialmente, por muchos de los usos que se han hecho de las matemáticas. Aunque el problema que deseo afrontar en este estudio es primordialmente el de un orden económico racional, me veré obligado a lo largo del mismo a referirme una y otra vez a las estrechas relaciones que éste guarda con determinadas cuestiones metodológicas. Muchas de las afirmaciones que trataré de establecer son de hecho conclusiones hacia las que han apuntado inesperadamente diferentes líneas de razonamiento. Pero, tal y como veo ahora estos problemas, éste no es un resultado accidental. Creo que muchas de las discusiones vigentes sobre teoría y política económica tienen como origen común una incorrecta concepción de la naturaleza del problema económico de la sociedad. Esta incorrecta concepción se debe, a su vez, al hecho de haber trasladado equivocadamente al ámbito de los fenómenos sociales los hábitos de pensamiento que hemos desarrollado al tratar los fenómenos de la naturaleza.

2

En el lenguaje común, con el término «planificación» describimos el entramado de decisiones relacionadas entre sí que afectan a la distribución de los recursos disponibles. Toda actividad económica es, en ese sentido, planificación; y en toda sociedad en la que colabore mucha gente, esta planificación, la haga quien la haga, deberá basarse de alguna manera en un conocimiento que,

en primera instancia, no le es dado exclusivamente al planificador, sino también a otros; un conocimiento que, de una u otra forma, debe ser transportado hasta el planificador. Para cualquier teoría que intente explicar el proceso económico, el problema crucial lo constituyen las diferentes formas en que se comunica a los individuos el conocimiento sobre el que basan sus planes; y saber cómo utilizar de la mejor manera posible unos conocimientos tan dispersos inicialmente constituye, sin duda, uno de los principales problemas de la política económica —o del diseño de un sistema económico eficiente.

La respuesta a esta pregunta se halla en estrecha relación con otra cuestión que surge ahora inevitablemente: la de *quién* debe llevar a cabo la planificación. Alrededor de este punto gira todo el debate acerca de la «planificación económica». No se discute si la planificación debe o no realizarse, sino si ha de hacerse centralizadamente para todo el sistema económico a través de una única autoridad o si debe dividirse entre una pluralidad de individuos. En el sentido específico en que el término se utiliza en el debate actual, por planificación se entiende necesariamente planificación centralizada, es decir, dirección de la totalidad del sistema económico de acuerdo con un plan unificado. Por otro lado, se entiende por competencia la planificación descentralizada a cargo de muchas personas por separado. El punto medio entre los dos, sobre el cual muchos hablan pero pocos lo aceptan cuando lo conocen, consiste en delegar la planificación en industrias organizadas o, en otras palabras, monopolios.

Saber cuál de estos sistemas puede resultar el más eficaz depende sobre todo de conocer cuál de ellos ofrece mayores posibilidades respecto a la utilización más completa de los conocimientos existentes. Esto, a su vez, depende de si es más probable que tengamos éxito poniendo a disposición de una autoridad central todo el conocimiento que debe ser usado pero que en principio se halla disperso entre muchos individuos diferentes, o transmitiendo a éstos el conocimiento adicional necesario para poder ajustar sus planes con los de los demás.

3

Es evidente que existirán discrepancias sobre este punto en función de los distintos tipos de conocimiento a que se haga referencia. Por ello, la respuesta a nuestra pregunta recaerá en gran parte en la importancia relativa concedida a esos distintos tipos de conocimiento: estarán, por un lado, aquellos que con mayor probabilidad puedan encontrarse a disposición de los individuos particulares y, por otro, aquellos que con mayor confianza esperaríamos encontrar en manos de una autoridad constituida por expertos convenientemente elegidos. Si hoy día está tan ampliamente extendida la creencia de que estos últimos están en una mejor posición, es porque un determinado tipo de conocimiento, concretamente el conocimiento científico, ocupa un lugar tan destaca-

do en la mente colectiva que tendemos a olvidar que no es el único conocimiento relevante. Podría admitirse que, en lo que concierne a este conocimiento específico, un cuerpo de científicos seleccionados adecuadamente estaría en la situación óptima para controlar el conocimiento disponible, pero esto no haría sino trasladar la dificultad al problema de cómo seleccionar a los expertos. Lo que quiero resaltar aquí es que, aun si este problema pudiera ser resuelto fácilmente, no habríamos resuelto con ello sino una pequeña parte de un problema más amplio.

Hoy resulta casi una herejía sugerir que el conocimiento científico no constituya la suma de todos los conocimientos. No obstante, una pequeña reflexión mostrará que está fuera de toda duda la existencia de un importante aunque desorganizado conjunto de conocimientos que no pueden ser llamados científicos en el sentido de ser un conocimiento de reglas generales: es el conocimiento de las circunstancias situacionales y temporales específicas. En relación con este conocimiento puede afirmarse que en la práctica todo individuo tiene alguna ventaja sobre los demás, toda vez que posee una información exclusiva de la que puede hacer un uso beneficioso, pero sólo si las decisiones que derivadas de ella dependen de él o son tomadas con su cooperación activa. Baste recordar cuánto hemos de aprender en el desarrollo de cualquier actividad profesional una vez concluido el aprendizaje teórico, qué amplio período de nuestra vida profesional empleamos en aprender tareas concretas y quépreciado bien resulta, en todos los ámbitos de la vida, el conocimiento de la gente, de las condiciones particulares o de las circunstancias especiales. Conocer y saber rentabilizar al máximo una máquina que no funciona a pleno rendimiento, el modo de optimizar las capacidades de alguna persona o cómo poner en circulación mercancías almacenadas durante una interrupción de suministros es socialmente tan útil como el conocimiento de mejores técnicas alternativas. Así, pues, el armador que se gana la vida contratando el retorno de los barcos vacíos o a media carga, el agente inmobiliario cuyo haber consiste casi exclusivamente en las oportunidades de temporada o el *arbitrageur* que obtiene beneficios con las diferencias en los precios de las mercancías, tienen todos funciones eminentemente útiles basadas en su particular conocimiento de determinadas circunstancias de un efímero momento que son desconocidas para los demás.

Resulta curioso que hoy día se vea este tipo de conocimiento con cierto desprecio y que todo aquel que saca ventaja de él frente a otros provistos de un mejor bagaje técnico o teórico sea tachado de deshonesto. Sacar provecho de un mayor conocimiento de las comunicaciones o de los transportes acaba siendo considerado un acto deshonesto, cuando es tan importante para la sociedad la utilización de esas ventajas como el aprovechamiento de los últimos descubrimientos científicos. Este prejuicio ha influido en gran medida en la opinión actual sobre el comercio en general, si la comparamos con la que existe sobre la producción. Incluso economistas que se consideran definitivamente inmunizados frente a las burdas falacias materialistas del pasado cometen con frecuencia

ese mismo error al referirse a las actividades destinadas a adquirir dicho conocimiento práctico —debido, según parece, a que suponen que todo conocimiento de ese tipo está «dado»—. La idea comúnmente aceptada parece ser la de que todo conocimiento de este tipo debería estar fácilmente a disposición de todos, y el reproche de irracionalidad lanzado contra el orden económico existente se basa a menudo precisamente en el hecho de que no está tan disponible. Este enfoque pasa por alto la cuestión a la que nosotros queremos responder: el método que hay que emplear para que tal conocimiento sea fácilmente asequible.

4

El que hoy en día se tienda a minimizar la importancia del conocimiento de las circunstancias particulares de tiempo y espacio está relacionado con la cada vez menor importancia concedida al fenómeno del cambio en cuanto tal. En realidad, hay pocos puntos en los que los supuestos de los que parten los «planificadores» (en general, sólo implícitamente) y los de sus oponentes difieran tanto como en lo que concierne a la significación y a la frecuencia de los cambios que conllevan alteraciones sustanciales en los planes de producción. Si pudieran elaborarse por anticipado planes económicos detallados para períodos bastante largos y seguirlos paso a paso sin tener que tomar importantes decisiones económicas posteriormente, la labor de diseñar un plan comprensivo que gobernara toda la actividad económica sería, por supuesto, mucho menos ingente.

Quizá merezca la pena subrayar que los problemas económicos surgen siempre y únicamente como consecuencia del cambio. En la medida en que las cosas sigan como antes o, al menos, como se esperaba que fueran, no aparecerán nuevos problemas que exijan una decisión ni se necesitará concebir un nuevo plan. Creer que los cambios o, al menos, los ajustes cotidianos han perdido protagonismo en los tiempos modernos implica asumir que los problemas económicos se han vuelto menos importantes. Así, esta creencia en la decreciente importancia del cambio es sostenida habitualmente por las mismas personas para quienes la importancia de las consideraciones económicas ha sido desplazada a un lugar postrero por el creciente protagonismo del conocimiento tecnológico.

¿Es cierto que, en el complejo sistema de producción moderno, las decisiones económicas se requieren sólo a largos intervalos, como cuando se ha de construir una nueva fábrica o introducir un nuevo proceso? ¿Es verdad que, una vez construida una planta, el resto es más o menos mecánico, determinado por el carácter de la misma, y que queda muy poco para ser modificado según las circunstancias siempre cambiantes de cada momento?

Por lo que yo he podido comprobar, la muy extendida opinión de que esto sea así no procede de la experiencia práctica del hombre de negocios. En

una industria competitiva a cualquier nivel —y sólo una industria así puede servir como prueba— el esfuerzo para que los costes no aumenten requiere una lucha constante que absorbe gran parte de la energía del gerente. Lo fácil que resulta para un gerente incompetente disipar los diferenciales en los que descansa la rentabilidad, o la posibilidad de producir con gran variedad de costes contando con los mismos medios técnicos, son lugares comunes de la experiencia del hombre de negocios, aunque no tanto, al parecer, del estudio del economista. La prueba de hasta qué punto dichos factores se introducen en el quehacer diario de productores e ingenieros se evidencia en el constante deseo que éstos manifiestan por proceder en su trabajo sin el yugo del cálculo de los costes económicos.

Una de las razones por las cuales los economistas tienden a olvidar los pequeños aunque constantes cambios que configuran el paisaje económico se debe tal vez a su creciente preocupación por los agregados estadísticos, mucho más estables que los movimientos detallados. Sin embargo, la relativa estabilidad de estos agregados no puede ser explicada —como pretenden hacer a veces los estadísticos— por la «ley de los grandes números» o por la mutua compensación de cambios fortuitos, toda vez que el número de elementos con el que tenemos que trabajar no es lo suficientemente grande como para que tales fuerzas accidentales produzcan estabilidad. El flujo continuo de bienes y servicios se mantiene a través de ajustes constantes, de nuevas disposiciones adoptadas cada día a la luz de circunstancias desconocidas el día anterior, de B entrando en escena cuando A no cumple. Hasta una moderna y altamente mecanizada planta necesita para su funcionamiento de un entorno de fácil acceso en el que poder satisfacer todo tipo de necesidad imprevista: tejas para el tejado, material de oficina y los más diversos tipos de equipamiento de los que una instalación industrial no puede autoabastecerse y que los planes de funcionamiento de la planta exigen que estén disponibles en el mercado.

Este es el momento seguramente en que debo mencionar brevemente que el tipo de conocimiento del que me he venido ocupando no puede, por su propia naturaleza, entrar a formar parte de las estadísticas ni, por tanto, ser transmitido a ninguna autoridad central bajo tal forma. Las estadísticas que una autoridad tal debería utilizar habrían sido obtenidas abstrayendo las diferencias menores entre las cosas, agrupando como recursos de una misma clase elementos cuyas diferencias en cuanto a situación, cualidad, etc., podrían ser muy significativas para una decisión específica. De donde se sigue que una planificación central basada en información estadística no puede, por su naturaleza, dar cuenta directa de esas circunstancias de tiempo y espacio, y que el planificador central deberá encontrar alguna fórmula para que las decisiones que dependen de ellas puedan recaer en el «hombre sobre el terreno».

Si aceptamos que el principal problema económico de la sociedad es el de cómo adaptarse rápidamente a los cambios en determinadas circunstancias de espacio y tiempo, parecería lógico que las decisiones últimas recayesen en las personas familiarizadas con tales circunstancias, ya que son las que poseen un conocimiento directo de los cambios relevantes y de los recursos disponibles en ese momento para hacerles frente. No podemos esperar que este problema se solucione comunicando todo ese conocimiento a un establecimiento central que lo integre antes de emitir sus órdenes. Debemos resolverlo a través de alguna forma de descentralización, aunque de esta forma sólo alcancemos una solución parcial. Necesitamos descentralización porque sólo así podemos asegurar una utilización precisa del conocimiento de las circunstancias particulares de tiempo y espacio; pero el «hombre sobre el terreno» no puede decidir únicamente sobre la base de su limitado aunque íntimo conocimiento de los hechos de su entorno inmediato. Queda todavía sin resolver el modo de comunicarle cuanta posterior información necesite para que sus decisiones se adapten a la norma general que gobierna los cambios y que caracteriza al sistema económico en toda su extensión.

¿Cuánto conocimiento más necesita para que esa decisión sea correcta?
¿Cuáles de los sucesos que trascienden el horizonte de su conocimiento inmediato, son relevantes para su decisión, y cuántos de entre ellos necesita conocer?

Casi todo lo que sucede en cualquier ámbito *podría* tener alguna repercusión en la decisión que debe adoptar. Pero puede ser que no necesite conocer ni todos los sucesos ni todas sus posibles repercusiones. No le interesa saber *por qué* en un momento dado se necesitan más tornillos de un tamaño que de otro, *por qué* las bolsas de papel abundan más que las de lona, o *por qué* operarios cualificados en el manejo de determinada maquinaria son más o menos accesibles en un momento dado. Lo significativo para él es *cuánto más o menos* difíciles de obtener se han vuelto en comparación con otras cosas con las que también está implicado, o con cuánta mayor o menor urgencia son requeridas las otras cosas que produce o utiliza. Se trata siempre de una cuestión de importancia relativa de las cosas concretas que le afectan, y las causas que alteran su importancia relativa no tienen interés para él más allá del efecto que producen sobre esas cosas concretas de su entorno.

Es en este contexto donde lo que he llamado «cálculo económico» (o la Pura Lógica de Elección) nos ayuda a entender, al menos por analogía, cómo el sistema de precios puede resolver, y de hecho está resolviendo, este problema. Incluso la sola mente controladora, en posesión de todos los datos de un cierto sistema económico pequeño e independiente, no podría analizar —cada vez que fuera necesario un pequeño ajuste en la asignación de recursos— todas las relaciones entre los fines y los medios que pudieran verse afectadas. De hecho, la gran contribución de la Lógica Pura de la Elección ha sido demostrar de

forma concluyente que, incluso tal mente, podría resolver ese tipo de problemas sólo construyendo y utilizando constantemente de tasas de equivalencia (o «valores» o «tasas marginales de sustitución»), o lo que es lo mismo, asignando a cada clase de recurso escaso un índice numérico que, sin derivarse de ninguna cualidad propia de dicho recurso, refleje o condense su importancia relativa dentro del conjunto de la estructura de medios y fines. Para cualquier pequeño cambio tendrían que considerarse únicamente esos índices cuantitativos (o «valores») en los que se concentra toda la información relevante; y, ajustando las cantidades una a una, se podrían reordenar adecuadamente sus disposiciones sin tener que resolver todo el puzle *ab initio* ni, desde cualquier nivel, tener que supervisar todas sus ramificaciones a la vez.

Fundamentalmente, en un sistema en el que el conocimiento de los hechos relevantes se halla disperso entre varios individuos, los precios pueden actuar como elementos de coordinación de las acciones individuales llevadas a cabo por diferentes sujetos, en el mismo sentido en que las valoraciones subjetivas ayudan a los individuos a coordinar las partes de su plan. Merece la pena considerar por un momento un ejemplo muy simple y de sentido común acerca de cómo actúa el sistema de precios, para ver lo que realmente ocurre. Supongamos que en alguna parte del mundo ha surgido una nueva oportunidad de utilización de alguna materia prima como, por ejemplo, el estaño; o que una de las fuentes de abastecimiento de estaño ha sido eliminada. Para nuestro propósito no importa —y es significativo que así sea— cuál de estas dos causas ha hecho del estaño un recurso más escaso; todo lo que los usuarios de estaño necesitan saber es que parte del material que solían consumir se emplea ahora de forma más rentable en otro sitio y que, por consiguiente, deben economizar estaño. Para la mayoría no es ni siquiera necesario saber dónde ha surgido la necesidad más urgente, o en favor de qué otras necesidades tienen que gestionar la oferta, puesto que si sólo algunos de ellos conocen directamente la nueva demanda y orientan los recursos hacia ella, y si la gente que conoce el vacío así creado lo llena a su vez con otros recursos, el efecto se extenderá rápidamente por todo el sistema económico e influirá no sólo a los usuarios de estaño, sino también a los consumidores de sus sustitutos y a los de los sustitutos de éstos, a la oferta de todas las cosas hechas con estaño y sus sustitutos, etc.; y todo ello sin que la inmensa mayoría de todos aquellos que participan de forma decisiva en la realización de esas sustituciones sepan nada acerca de la causa original de estos cambios. El conjunto actúa como un mercado, no porque uno de los miembros supervise todo el campo, sino porque sus limitados campos individuales de visión se superponen suficientemente y de forma que, a través de muchos intermediarios, la información relevante es transmitida a todos. El mero hecho de que haya un solo precio para cualquier mercancía —o, más bien, el que los precios locales estén conectados de determinada forma por el coste del transporte, etc.— lleva a la solución a la que (es conceptualmente posible) podría haber llegado una única mente que poseyera toda la información que se encuentra, de hecho, dispersa entre todas las personas implicadas en el proceso.

Si queremos comprender su verdadera función, debemos considerar al sistema de precios como un mecanismo para comunicar información; función que, por supuesto, cumple menos perfectamente a medida que los precios se vuelven más rígidos. (No obstante, incluso cuando los precios fijados se hubieran vuelto bastante rígidos, las fuerzas que operarían a través de los cambios de los precios todavía operarían de forma significativa mediante cambios en otros términos del contrato.) Lo más relevante de este sistema es la economía de conocimiento con que opera, es decir, lo poco que los participantes individuales necesitan saber para poder actuar correctamente. De forma abreviada, merced a una especie de símbolo, sólo pasa la información más esencial y pasa sólo a los afectados. No es una simple metáfora describir el sistema de precios como una especie de maquinaria para registrar el cambio, o como un sistema de telecomunicaciones que permite a los productores individuales, a través de la mera observación del movimiento de unos pocos indicadores, y del mismo modo en que un ingeniero observaría las manecillas de algunos instrumentos, ajustar sus actividades a cambios de los que puede ser que nunca lleguen a saber más que lo que se refleja en el movimiento de los precios.

Por supuesto, es muy probable que estos ajustes no sean nunca «perfectos» en el sentido en que los entiende el economista en un análisis de equilibrio. Pero me temo que nuestros hábitos teóricos a la hora de abordar el problema bajo el supuesto de un conocimiento más o menos perfecto por parte de casi cada uno nos ha impedido ver con claridad la verdadera función del mecanismo de los precios y nos ha llevado a aplicar patrones bastante equivocados en la valoración de su eficiencia. La maravilla se produce cuando, en una situación como la de la escasez de materia prima a que nos referíamos, contando sólo con un pequeño grupo de personas al corriente de las causas, se consigue que miles de personas —cuya identidad permanecería anónima a pesar de una investigación exhaustiva— utilicen esa materia prima o sus derivados con mayor moderación; es decir, que se muevan en la dirección correcta. No deja de ser una maravilla, incluso si en un mundo sometido a constantes cambios, no todo ha de encajar de manera tan perfecta que haga posible mantener siempre las tasas de beneficios en el mismo plano o nivel «normal».

He utilizado deliberadamente la palabra «maravilla» para sacar al lector de la complacencia acomodaticia desde la que a menudo damos por supuesto el funcionamiento de este mecanismo. Estoy convencido de que si éste obedeciera a un diseño deliberado, y si las personas que se guían por los cambios de precios comprendieran que sus decisiones van más allá de su objetivo inmediato, dicho mecanismo habría sido aclamado como uno de los mayores logros de la mente humana. Pero su infortunio es doble: no es el resultado de ningún diseño humano, y las personas guiadas por él normalmente no saben por qué se ven obligadas a actuar como lo hacen. Ahora bien, los que claman por una «dirección consciente» —y no pueden creer que algo desarrollado sin diseño (e

incluso sin que lo entendamos) pueda resolver cuestiones que no seríamos capaces de resolver conscientemente— deberían recordar lo siguiente: el problema consiste precisamente en cómo extender el control sobre nuestra utilización de los recursos más allá del alcance de una sola mente cualquiera; y, por consiguiente, cómo prescindir de la necesidad de un control consciente y cómo suministrar a los individuos señales inductoras que les obliguen a actuar según lo deseable sin que nadie les diga lo que tienen que hacer.

Nos enfrentamos a un problema que no es específico de las ciencias económicas, sino que surge en relación con casi todos los fenómenos de naturaleza social, con el lenguaje y con la mayoría de nuestra herencia cultural, y que constituye realmente el problema teórico central de toda ciencia social. Como ha señalado Alfred Whitehead en otro contexto, «es un tópico profundamente erróneo, repetido en todos los manuales y en los discursos de personajes eminentes, el de que deberíamos cultivar el hábito de pensar en lo que hacemos, cuando lo que ocurre es justamente lo contrario: una civilización avanza a medida que aumenta el número de operaciones importantes que sus miembros pueden realizar sin pensar en ellas». Esto tiene un significado especialmente relevante en el campo de lo social, ya que hacemos un uso constante de fórmulas, símbolos y reglas cuyo significado no entendemos y a través de cuyo uso sacamos provecho de un conocimiento que no poseemos individualmente. Hemos desarrollado tales prácticas y costumbres a partir de hábitos y tradiciones que han gozado de éxito en su propia esfera y que, en determinado momento, se han convertido en fundamento de la civilización que hemos construido.

El sistema de precios no es sino una de esas formaciones que el hombre ha aprendido a usar (aunque está todavía muy lejos de hacerlo de la mejor forma) después de haber tropezado con ella sin comprenderla. A través de ella ha sido posible no sólo una división del trabajo, sino también un uso coordinado de los recursos basado en un conocimiento igualmente segmentado. Quienes consideran ridículo este argumento, a menudo lo distorsionan insinuando que en él se acepta como producto de algún milagro el que ese tipo de sistema, que tan bien se ajusta a la sociedad moderna, haya surgido espontáneamente, cuando es justamente lo contrario: el hombre ha sido capaz de desarrollar esta división del trabajo, base de nuestra civilización, porque tropezó casualmente con un método que lo hizo posible. De no haber sido así, podría haber desarrollado otro tipo de civilización del todo diferente, algo así como el «estado» de las hormigas termitas o algún otro tipo completamente inimaginable. Todo lo que podemos decir es que todavía nadie ha conseguido diseñar un sistema alternativo en el que puedan mantenerse ciertos rasgos del existente que son queridos hasta por sus más violentos detractores; por ejemplo, y muy especialmente, la medida en que el individuo puede elegir sus objetivos y usar, por lo tanto, sus conocimientos y sus destrezas libremente.

Por suerte, la discusión sobre la indispensabilidad del sistema de precios para todo cálculo racional en una sociedad compleja ya no se registra entre grupos con puntos de vista políticamente diferentes. La tesis de que sin este sistema de precios no podríamos mantener una sociedad basada en una división del trabajo tan extensa como la nuestra fue recibida con un coro de carcajadas hace veinticinco años, cuando Von Mises la anunció por primera vez; hoy en día, las objeciones que algunos aún le ponen no son ya principalmente políticas, lo que contribuye a crear una atmósfera más favorable a una razonable discusión. Cuando vemos a Leon Trotsky sosteniendo que «el cálculo económico sería impensable sin relaciones de mercado»; cuando el profesor Oscar Lange promete al profesor Von Mises una estatua en los vestíbulos marmóleos del futuro *Central Planing Board*, y cuando el profesor Abba P. Lerner redescubre a Adam Smith y subraya que la utilidad esencial del sistema de precios consiste en inducir al individuo a obrar según el interés general mientras busca el suyo propio, las diferencias no pueden seguir atribuyéndose al prejuicio político. Las demás desavenencias existentes parecen deberse, sin duda, a diferencias estrictamente intelectuales y, más concretamente, metodológicas.

Una reciente declaración de Joseph Schumpeter en su obra *Capitalismo, socialismo y democracia* da un claro ejemplo de una de las diferencias metodológicas a las que me estoy refiriendo. Considerado una autoridad entre aquellos economistas que abordan los fenómenos económicos a la luz de una cierta clase de positivismo, defiende, de acuerdo con esa tendencia, que tales fenómenos se presentan en forma de cantidades objetivamente dadas de mercancías que se afectan mutua y directamente, al parecer sin apenas intervención de los hombres. Sólo en este contexto puedo explicarme una afirmación (para mí sorprendente) como la siguiente. El profesor Schumpeter sostiene que, para el teórico, en ausencia de mercados para los factores de producción, la posibilidad de un cálculo racional se deriva «de la proposición elemental de que los consumidores, al evaluar (“demandar”) los artículos de consumo, evalúan también, *ipso facto*, los medios de producción que entran en la producción de estos bienes»².

² *Capitalism, Socialism and Democracy*, Nueva York, Harper and Bros., 1942, p. 175. [trad. cast.: *Capitalismo, socialismo y democracia*, Barcelona, Folio, 1996, p. 233]. El profesor Schumpeter es, creo yo, también el autor original del mito de que Pareto y Barone han resuelto el problema del cálculo socialista. Lo que ellos y otros muchos hicieron fue simplemente establecer las condiciones que un reparto racional de recursos tendría que satisfacer y señalar que esas condiciones serían esencialmente las mismas que las condiciones de equilibrio de un mercado competitivo. Esto es algo completamente distinto a mostrar cómo puede encontrarse en la práctica un reparto de recursos que satisfaga esas condiciones. El propio Pareto (de quien Barone ha tomado prácticamente todo lo que ha dicho), lejos de afirmar haber resuelto el problema práctico, niega de hecho explícitamente que pueda ser resuelto sin la ayuda del mercado. Véase su *Manuel d'économie pure* (2.ª ed., 1927), pp. 233-234. El pasaje relevante está citado en traducción inglesa al principio de mi artículo «Socialist Calculation: The Competitive “Solution”», en *Economica*, VIII, núm. 26 (new ser., 1940).

Tomada al pie de la letra, esta afirmación es, sencillamente, falsa, ya que los consumidores no hacen nada semejante, y lo que seguramente significa el *ipso facto* del profesor Schumpeter es que la valoración de los factores de producción viene implícita en (o se sigue necesariamente de) la valoración de los bienes de consumo. Pero esto tampoco es correcto, ya que la implicación es una relación lógica que solamente puede afirmarse con sentido de proposiciones dadas simultáneamente a una y la misma mente. Sin embargo, resulta evidente que la valoración de los factores de producción no depende únicamente de la de los bienes de consumo, sino también de las condiciones de la oferta de los diversos factores de producción. La respuesta se seguiría necesariamente de los hechos dados sólo para una mente capaz de conocer simultáneamente todos estos hechos. No obstante, el problema práctico surge precisamente porque estos hechos no se dan nunca de esa forma a una sola mente y se hace, por tanto, necesario buscar una solución que utilice el conocimiento disperso entre mucha gente.

Aun así, el problema no estaría resuelto en modo alguno si demostráramos que todos los hechos, *si* fueran conocidos para una sola mente (como hipotéticamente suponemos que les son dados al economista observador), son los que únicamente determinan la solución. Debemos, más bien, demostrar cómo se llega a una solución a través de interacciones entre individuos que poseen, cada uno de ellos, un conocimiento parcial. Suponer todo el conocimiento dado a una sola mente, como suponemos que nos es dado a los economistas en tanto que constructores de teorías explicativas, es suponer el problema resuelto e ignorar todo lo que es realmente importante y significativo en el mundo real.

Que un economista de la talla del profesor Schumpeter haya caído así en la trampa que la ambigüedad del término *datum* plantea a un incauto apenas puede explicarse como un simple error. Más bien indica la existencia de algún error fundamental en un enfoque que habitualmente desprecia una parte esencial de los fenómenos con que tenemos que tratar: la inevitable imperfección del conocimiento humano y la consiguiente necesidad de un proceso a través del cual el conocimiento sea adquirido y comunicado constantemente. Todo enfoque que, como es el caso de gran parte de la economía matemática con sus ecuaciones simultáneas, parta del supuesto de que el *conocimiento* de los individuos se corresponde con los *hechos* objetivos de la situación no responde a lo que es nuestra principal obligación explicar. Nada más lejos de mi intención que negar el que en nuestro sistema el análisis del equilibrio haya tenido una función útil que cumplir. Pero cuando llega al punto de hacer creer equivocadamente a algunos de nuestros mejores pensadores que la situación descrita por él tiene una relevancia directa para la solución de problemas prácticos, es hora de recordar que no trata para nada el proceso social y que no es sino un preludeo útil para el estudio del problema principal.

(Traducción de Elia PLAZA.)

CRITICA DE LIBROS